

EL ECO DE CARTAGENA

Martes 24 de Agosto de 1880.

CAVERNAS PREHISTÓRICAS.

En la superficie terrestre, lo mismo que en los terrenos volcánicos que en ella se han formado en el seno de las lavas, existen cavernas y abismos por distintas causas; y las que sirvieron de morada al hombre en los primeros tiempos de su aparición sobre la tierra. De aquí la extraordinaria importancia que su estudio tiene para el geólogo; son otras tantas crónicas antiguas que al hombre ofrece la rica biblioteca de la naturaleza, y con cuya ayuda ha llegado a conocer con bastante exactitud la manera de ser de nuestros primeros antepasados.

Allí una tosca hacha de piedra nos enseña a conocer las débiles armas con que defendían de los monstruos que habitaban los antiguos bosques, y de los cuales nuestras más terribles fieras parecían despreciar los plúmeos; dientes de pescado que les servían de agujas para coser sus pieles con que se vestían, vasijas de barro con rotas faldespáticas y otros utensilios de hueso, tan rudimentarios como éstos, nos dicen el modo embrionario en que su industria se encontraba, y algunas placas de marfil con groseros dibujos y esculpturas no menos groseras, muestras que desde el principio de su aparición el hombre ha procurado mejorar y perfeccionar, si quiera sea en una manera tan imperfecta como en estos trabajos de los prehistóricos de Megala, Angel y Mutillo.

Las cavernas, hemos dicho, tienen un distinto origen; las corrientes de lava al enfriarse se contraen y dejan profundas grietas que más tarde por acción mecánica del agua y de las lavas que arrastra a grandes volúmenes vienen a ocupar pronto dichos espacios animales, hasta que el hombre después toma posesión de ellas; algunas veces son cavidades subterráneas de comunicación con el exterior, otros de profundas riberas que las lavas terrenales ponen al descubierto, arrastrando la tierra que las cubría. En estos dos modos de formación vemos que el agua obra como agente esencial, ya solo o ayudando poderosamente con su trabajo destructor.

En cuanto a la forma de las cavernas, no puede ser más variada; la entrada, generalmente difícil, están capacitadas por grandes salas, algunas de inmensa altura, que se comunican por oscuros pasadizos o profundos pozos, de otras por raras corredores en todas direcciones, terminando en suertes de salas, y un intrincado conjunto de salas, po-

los y corredores ocupa una inmensa extensión de algunos kilómetros, cual un nuevo laberinto. Grandes masas de aguas, verdaderos lagos subterráneos, ocupan el fondo de algunas cavernas donde viven tranquilamente peces sin ojos, y pequeños riachuelos serpentean entre las rocas, reos humildes quizás de la impetuosa corriente que abrió paso a la luz. Las paredes en las grutas están revestidas de concreciones calizas, y en el techo y suelo abundan las estalactitas y estalagmitas.

Las aguas, filtrándose gota a gota a través del techo, y que en su largo curso subterráneo han disuelto gran cantidad de caliza, merced al exceso de ácido carbónico que contienen, al salir a la superficie dejan escapar ésta y la caliza se deposita; en el transcurso del tiempo estos depósitos verificándose siempre en los mismos sitios, producen concreciones en forma de conos que crecen capa por capa continuamente; estas son las estalactitas. El agua que cae al suelo conteniendo una caliza disuelta la deposita de nuevo, dando origen a las estalagmitas de contornos redondeados que se elevan poco a poco al encuentro de la estalactita, con la que acaban por soldarse formando estalagmitas que semejan a la luz de las antorchas, y cuadros que el pincel más hábil apenas puede reproducir.

Debajo de esta costra caliza es donde se encuentran los restos prehistóricos diseminados en una capa de fangos y acarros; a veces hay otra cubierta caliza inferior y nuevos fangos, correspondiendo a épocas en que la caverna ha estado habitada ó han desaparecido sus moradores por cualquier causa. Hoy se encuentran estos depósitos a gran altura sobre los valles, en las laderas de montañas escarpadas; a primera vista parece difícil comprender por qué los antiguos animales fijaron su habitación en sitios tan agrestes, donde el cuidado de su existencia debía hacerseles penoso; pero esto se explica fácilmente observando que aquellas estaban antes al nivel del suelo, y después que los diluvios y lluvias torrenciales de aquella época formaron los valles actuales, quedaron en la posición que hoy ocupan.

Los geólogos han dividido las cavernas en dos grandes grupos anteriores a la aparición del hombre y posteriores; debemos, además, mencionar las que servían de cementerios, que tienen caracteres particulares.

En las primeras se encuentran restos de animales, dominando los de una especie de mamíferos que era la que habitaba la gruta, y variedad de otras que servían de presa a los primeros, que generalmente eran

fieros. Se explica la abundancia de huesos, por la circunstancia de ser especies sociales muchos de ellos y vivir en grandes familias, y por la costumbre de las fieras de llevar las presas a sus retiros, viniendo a unir sus restos a los del animal cuando murió.

El oso en las cavernas (ursos spelaeos) cuya talla era superior a la de un caballo; el Mamouth, gigantesco elefante cuya piel cubierta de pelos le hacia soportable la baja temperatura de la época en que vivió; la «hiena spelea» y otros varios han suministrado abundantes materiales de estudio.

En las cavernas posteriores a la existencia del hombre no dominan los restos de ninguna especie; se encuentran mezclados con huesos humanos, no sólo los de animales con temporáneos, sino también los de seres que ya no existían, pero cuyos restos permanecían en la superficie y el hombre cogió para fabricar diversos objetos necesarios para su vida; además, hachas de piedra trabajadas a golpes sacándoles aristas y puntas vivas, y en algunos sitios los talleres donde se fabricaban estos toscos objetos, en que había montones de armas inútiles y núcleos de pedernal de donde las extraían. Estas grutas se hallan modificadas por la mano del hombre, ya para hacerlas más cómodas y más seguras, y todo atestigua que una nueva fuerza creadora apareció sobre la tierra.

Del hecho de encontrarse en algunos de estos depósitos huesos de Mamouth y de otros seres anteriores, hendidos longitudinalmente como para extraer la médula, y de algunos dibujos y esculturas que parecen representar a aquel animal, han deducido algunos geólogos la contemporaneidad del hombre y del Mamouth; esta es una cuestión, hoy día no bien dilucidada, y hasta que nuevos descubrimientos no vayan a resolverla, permanecerán los geólogos divididos, como lo están al presente.

La gruta de Anriguac, descubierta en Francia no ha mucho tiempo, era un verdadero osario; diez ó doce esqueletos perfectamente conservados fueron encontrados allí, aunque desgraciadamente perdidos para la ciencia por haberlos enterrado en el cementerio del pueblo antes de ser vistos por personas científicas y no haberlos podido encontrar más tarde. En la misma caverna se encontraron armas y otros diversos objetos de la industria primitiva, que sin duda pertenecieron a los individuos allí enterrados, lo cual hace creer que en la religión de aquellos primitivos pueblos entraba la idea de la inmortalidad del alma. Las cavernas más exploradas hasta ahora son las del centro de Europa, espe-

cialmente en Francia y Bélgica: en los alrededores de Lieja se han encontrado los mejores ejemplares de cráneos humanos que hoy conocemos y otros restos prehistóricos en gran cantidad.

En el Norte de Italia son notables las grutas de Chiampo y de Laglio, en las orillas del lago Como, en las que se han descubierto fragmentos de loza grosera, y en la gruta de Keus y de Bischan en Devonehire, esta última de gran extensión. Como en todo país montañoso en España son numerosos estos depósitos, pero no habían sido estudiados con el detenimiento necesario, exceptuando algunos de Andalucía y Valencia, donde se han encontrado abundantes y preciosos restos.

La gruta de Mamouth, en la América del Norte es la más notable del nuevo continente, y casi podríamos decir del mundo por su enorme extensión y la magnificencia de su interior en el cual hay bóvedas que no las tiene más elevada catedral, sostenidos por columnas monolíticas, cuyo capitel apenas distingue la vista, y lagos de enorme extensión y gran profundidad que al reflejar la luz producen mágicos efectos, y que el turista recorre en barcos turbando el sueño de los ciegos habitantes de aquellas aguas. En el centro se halla un magnífico esqueleto del animal que le dá nombre, perfectamente conservado con piel y pelos.

FORRAJES COMPRIMIDOS.

Traducimos el siguiente artículo de Eugenio Gallot, publicado en el «Journal de agriculture pratique», por la importancia que tiene para nuestro cultivo, dadas las tarifas de transporte, que por lo excesivas hacen necesario que se piense en la manera de transportar en un mismo volumen la mayor cantidad posible de cada sustancia.

Entre las máquinas poco conocidas, se cuentan las prensas de forraje, que desde el principio fueron aplicadas a usos distintos del agrícola, pero que hoy vuelven a ser usadas con éxito; la compañía general de omnibus de París las ha adoptado, y las ventajas son tantas, que su conocimiento ha de interesar a todos y mover a muchos a emplearlas.

La compañía compra anualmente grandes cantidades de heno y paja, materias que ocupan mucho espacio, en relación a su peso: en 1879 las compras de heno ascendieron a cerca de cuatro millones de bultos; de éstos, un millón de bultos, comprados en sitios lejanos, han sido comprimidos; hé aquí las ventajas.

El transporte por ferro carril de este millón [999.080 bultos] sin com-